

Misa votiva de Nuestra Señora en sábado
Iglesia de Nuestra Señora
Keizersgracht 218, Ámsterdam, Países Bajos
5 de septiembre de 2026

Eclo 24, 14-16
Lc 11, 27-28

Sermón

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Al celebrar la Misa votiva de Nuestra Señora, nos alegramos por la unión perfecta de su Corazón Inmaculado con el Sacratísimo Corazón de su Divino Hijo. Desde el instante de su concepción, el corazón de María fue preservado de toda mancha de pecado, para que estuviera preparada para concebir en su seno a Dios Hijo en su venida al mundo y así salvarnos de nuestros pecados y alcanzarnos la vida eterna. Por un favor especial de Dios, participó de antemano de la gracia de la salvación que su Divino Hijo nos ganaría con su Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión y fue siempre enteramente para Cristo.

Por esa razón, la Iglesia ha encontrado en el texto inspirado del libro del Eclesiástico, que se aplica principalmente a Cristo, la Sabiduría o Logos de Dios Padre, la expresión adecuada de la participación singular de Nuestra Señora en la Encarnación Redentora de Dios Hijo. Desde toda la eternidad, Dios había elegido a María para ser la Madre de su Hijo unigénito en su venida en nuestra carne humana: “Él me creó antes de los siglos, desde el principio, y por todos los siglos no dejaré de existir. Ante él, ejercí el ministerio en la Morada santa ”.¹

Igualmente, por toda la eternidad, desde el momento de su gloriosa Asunción al cielo, ella sigue siendo “la esclava del Señor”,² sirviendo fielmente a Nuestro Señor en la Iglesia para la salvación de las almas. Por su plan misericordiosísimo para nuestra salvación eterna, Dios nos ha dado a la Virgen Madre de Dios como Madre de la Divina Gracia: “Yo eché raíces en un Pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su herencia » .³ El Corazón Inmaculado de María atrae sin cesar nuestros corazones hacia el suyo, para que nosotros, que en el bautismo recibimos la vocación a la santidad, pongamos nuestro corazón por entero en el Corazón glorioso y traspasado de Nuestro Señor.

¹ Eclo 24, 9-12 (Sir 24, 9).

² Lc 1, 38.

³ Eclo 24, 16 (Sir 24, 12).

El Papa San Juan Pablo II, en una visita al Santuario de Nuestra Señora del Santo Rosario de Pompeya, en Italia, el 21 de octubre de 1979, nos ofreció una admirable enseñanza sobre los grandes misterios del Sagrado Corazón de Jesús y del Corazón Inmaculado de María, que ilumina para nosotros el Misterio de la Fe, el Misterio de la Encarnación Redentora. Con estas palabras él nos enseñó:

La misión de este Hijo, Verbo Eterno, comienza en ese momento, cuando María de Nazaret, Virgen "desposada con un varón de la casa de David, de nombre José" (*Lc* 1, 7), al escuchar estas palabras de Gabriel, responde: "He aquí a la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra" (*Lc* 1, 38). En aquel momento inicia la misión del Hijo sobre la tierra. (...) La misión del Hijo inicia en Ella, bajo su corazón. La misión del Espíritu Santo, que "procede del Padre y del Hijo", llega también primero a Ella, al alma que es su Esposa, la más pura y la más sensible.⁴

En la Anunciación, Dios Hijo asumió un corazón humano, su Sagrado Corazón, en el seno de la Virgen María, bajo su Corazón Inmaculado. En el momento del anuncio del Arcángel Gabriel, María se convirtió en la Madre de Dios encarnado y, al mismo tiempo, en su primera y mejor discípula. Por eso, cuando la gente alabó a su Madre, Nuestro Señor, refiriéndose a la perfección de su discipulado, respondió: "¡Dichosos más bien los que escuchan la palabra de Dios y la guardan!"⁵

María era un solo corazón con su Divino Hijo. Ella, que lo había concebido por obra del Espíritu Santo y lo había traído al mundo, seguiría participando, de manera singular, en su misión salvífica, pues su corazón estaba perfectamente unido al Corazón de Jesús. Al pie de la Cruz, su Corazón Inmaculado fue místicamente traspasado cuando el Corazón de Jesús fue atravesado por la lanza del centurión romano. En su muerte, Nuestro Señor la asumió —en cuerpo y alma— al Cielo y la coronó Reina del Cielo y de la Tierra, para que siguiera siendo

⁴https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/homilies/1979/documents/hf_jp-ii_hom_19791021_pompei.html "La missione di questo Figlio, Verbo eterno, inizia allora, quando Maria di Nazaret, Vergine «promessa sposa di un uomo della casa di Davide, chiamato Giuseppe», ascoltando queste parole di Gabriele, risponde: «Eccomi, sono la serva del Signore, avvenga di me quello che hai detto». In quel momento inizia la missione del Figlio sulla terra... La missione del Figlio inizia in Lei, sotto il Suo cuore. La missione dello Spirito Santo, che «procede dal Padre e dal Figlio», giunge pure prima a Lei, all'anima che è la Sua Sposa, la più pura e la più sensibile." https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/homilies/1979/documents/hf_jp-ii_hom_19791021_pompei.html

⁵ *Lc* 11, 28.

la Madre de la Divina Gracia que fluye, sin medida y sin cesar, del Corazón glorioso y traspasado de su Divino Hijo.

Nuestra Santísima Madre, atrayendo nuestros corazones hacia su Corazón Inmaculado, nos lleva a reflexionar más profundamente sobre nuestra relación con Cristo, Dios Hijo e Hijo suyo, en la Iglesia. Hoy, de un modo muy especial, nuestra Santísima Madre nos recuerda que la relación de amor fiel y perdurable que Cristo ha establecido con nosotros por el Bautismo, la Confirmación y la Sagrada Eucaristía es el mayor tesoro de nuestra vida. Nada puede ser más importante para nosotros. Todo lo demás en nuestra vida solo es bueno en la medida en que sirve a la comunión con Cristo en nuestro vivir cotidiano.

La mayor bendición de nuestra vida no es algún bien material o algún éxito mundano, sino la revelación de los “misterios del reino” que Dios Padre nos ha hecho a nosotros, sus “pequeños”, mediante la Encarnación Redentora de su Hijo unigénito.⁶ Su Hijo, Sabiduría divina encarnada, que desde toda la eternidad está siempre a la diestra del Padre,⁷ nos conduce a una comprensión y a un amor cada vez más hondos del gran Misterio de la Fe, desvelado en los numerosos misterios que nuestra fe nos enseña. Son estos los misterios que la Bienaventurada Virgen María “conservaba ... en su corazón”⁸ y que enseña a sus hijos a guardar en el suyo.

Cuando verdaderamente estimamos el gran don del amor inconmensurable e incesante de Dios hacia nosotros en Nuestro Señor Jesucristo, es decir, el Misterio de la Fe, entonces, “llenos de alegría”, ordenamos gustosamente todo lo demás en nuestra vida para responder como conviene al tesoro incomparable que es el amor de Dios. Un solo corazón con el Corazón Inmaculado de María, entregamos nuestro corazón al Sagrado Corazón de Jesús. Seguimos siempre el consejo maternal de la Virgen Madre de Dios, dado a los sirvientes en las bodas de Caná: “Haced lo que Él os diga”.⁹

En el primer sábado de mes, la Madre de Dios y Madre de la Iglesia nos exhorta a practicar los Primeros Sábados para reparar por nuestros pecados y consolar su Corazón Inmaculado. Con sus apariciones en Fátima en 1917 y después en Pontevedra en 1925, Nuestra Señora dejó clara la sustancia de la devoción de los Primeros Sábados: 1) una conciencia profunda de cómo el pecado ofende a Nuestro Señor y a su Madre Inmaculada; 2) un corazón humilde y contrito que se esfuerza por reparar los pecados cometidos y la ofensa que causan a

⁶ Mt 11, 25.

⁷ Cf. Sir 24, 9-10.

⁸ Lc 2, 51.

⁹ Jn 2, 5.

Nuestro Señor y a su Madre Inmaculada; y 3) la confianza en la promesa que acompaña a la devoción, es decir, la promesa de Nuestra Señora de asistir en la hora de la muerte, con todas las gracias necesarias para la salvación, a quienes practiquen los Primeros Sábados, arrepintiéndose del pecado y ofreciendo reparación. La devoción no es un acto aislado, sino que expresa un modo de vida: la conversión diaria del corazón al Sacratísimo Corazón de Cristo, bajo la guía y el cuidado maternales del Doloroso e Inmaculado Corazón de María, para gloria de Dios y salvación de las almas.

La insistencia de Nuestra Señora en la devoción de los Primeros Sábados es una expresión admirable de su amor maternal, que nunca falla. Se apareció en Fátima a los tres pastorcitos y en Pontevedra a la Sierva de Dios Lucía dos Santos para mostrar a sus hijos el camino de liberación de la rebelión ante Dios, que es el pecado grave con su fruto, la muerte eterna. Mediante la devoción de los Primeros Sábados, Nuestra Señora atrae maternalmente nuestros corazones hacia su Corazón Inmaculado, para que pongamos nuestro corazón cada vez más perfectamente en el Sagrado Corazón de Jesús, guardando en nuestro interior el gran misterio de Cristo vivo en nosotros por la inhabitación del Espíritu Santo. Así, bajo el cuidado maternal de Nuestra Señora, daremos en el mundo un testimonio poderoso de Cristo, de su verdad divina y de su amor divino, aun al precio de la indiferencia, la burla, la incomprensión, la persecución y la muerte.

Con el privilegio de participar en la Misa Pontifical Solemne, en toda la rica belleza del Uso Más Antiguo (el *Usus Antiquior*) del Rito Romano, la Virgen Madre de Dios nos conduce a su Divino Hijo. La belleza de la Sagrada Liturgia nos manifiesta la realidad del descenso de Cristo glorioso desde su lugar a la diestra del Padre para venir a nosotros, mediante signos sacramentales, a sanarnos y a conducirnos a la vida eterna. Atrayendo nuestros corazones hacia su Corazón Inmaculado, la Bienaventurada Virgen María nos enseña que nada puede ser más importante para nosotros que el don del amor de Dios, incommensurable e incesante, que nos destina a la vida eterna con Él, en compañía de los ángeles y de todos los santos. Ella nos enseña a considerar cada aspecto de nuestra vida diaria dentro del contexto del Misterio de la Fe, en el que participamos del modo más perfecto por medio de la Santa Misa. Nos aconseja afrontar los desafíos de nuestra vida cotidiana siempre en referencia a Cristo y a su vida con nosotros en la Iglesia.

Elevemos ahora nuestros corazones, unidos al Corazón Inmaculado de María, hacia el Corazón glorioso y traspasado de Jesús, siempre abierto para acoger nuestros corazones, sanarlos con su misericordia salvadora e inflamarlos con su amor puro y desinteresado. Reparando por nuestros pecados mediante la devoción de los Primeros Sábados, consolamos

el Doloroso e Inmaculado Corazón de Nuestra Señora poniendo nuestro corazón por entero en el Corazón de Jesús.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Raymond Leo Cardenal BURKE